

LA ABADÍA CISTERCIENSE DE STA. MARÍA DE VIACELI

En el año 1909 se erige en Cóbreces una Abadía Cisterciense. El Monasterio se había comenzado a construir unos años antes, y se entregó a la comunidad en 1910.

¿Por qué una Abadía en Cantabria? Los monasterios cistercienses deben su existencia a las razones más variadas. O el deseo de un Obispo de poseer en su diócesis una casa de oración. O el deseo de una comunidad ya numerosa que “funda” una nueva casa en otro lugar, elegido u ofrecido por otras personas. O, en el caso de Sta. María de Viaceli, el deseo de los Hermanos Bernaldo de Quirós, de que una comunidad religiosa gestionara y dirigiera el “Instituto agrícola de Quirós” fundado por ellos mismos unos años antes.

Los mencionados hermanos se pusieron en contacto con la comunidad cisterciense de Santa María del Desierto, en Francia, y cerca de Toulouse. A finales del siglo XIX esa comunidad contaba con un abad español, y se temía que los monjes fueran expulsados de Francia. El mencionado Instituto, creado por ellos para favorecer el desarrollo cultural agrícola de la zona, necesitaba manos expertas para su progreso. Y los monjes cistercienses ofrecieron las suyas.

Se creó así la “Fundación Quirós”, benéfico-docente, que a lo largo de muchos años contribuyó a que muchos niños y jóvenes, al amparo del Monasterio, iniciaran y completaran una formación tan necesaria para los tiempos de entonces y para el agro empobrecido.

La comunidad cisterciense ha velado siempre para que los fines de la “Fundación Quirós” fueran escrupulosamente cumplidos, y han sido ellos los que se han preocupado siempre de que tal Fundación cumpliera y se adecuara a las exigencias legales correspondientes, según las épocas, de lo cual se ha beneficiado particularmente el pueblo de Cóbreces.

Pero si este es el origen de la comunidad cisterciense en Cantabria, la finalidad última de la misma no es otra que encarnar, según se entiende en la Iglesia, una comunidad evangélica de fraternidad y comunión en la que la actividad fundamental es el cultivo de los valores cristianos que llevan a una entrega total de los miembros que la componen a la “vida contemplativa”.

Esta vida “contemplativa” se distingue de la llamada “vida apostólica”, es decir, la de aquellos que por medio de una actividad directa en las parroquias, en misiones, y en otros servicios sociales y caritativos sirven a la extensión visible del Reino de Dios. Los monjes, en esta “vida contemplativa”, no desarrollan el tipo de actividades propia de otros

religiosos, aunque sí cultivan como valor propio el trabajo, que les lleva –a los monjes- a desempeñar actividades laborales que tienen un doble fin: el mantenimiento material y económico de la comunidad, y el poder compartir los frutos de ese trabajo, bien a través de la limosna bien a través del mantenimiento de una hospedería o “servicio evangélico de acogida” en la que son aceptadas todas aquellas personas que desean compartir la vida de oración, silencio y búsqueda espiritual de los monjes.

Los otros valores que caracterizan la vida de los monjes, y en torno a los cuales se organiza su vida, son: la oración y el espíritu de silencio, la vida de fraternidad, el cultivo de una vida sencilla y laboriosa, sacrificada y al margen de necesidades que ocupan el tiempo de otras personas que no viven en el monasterio.

Quizá la comunidad cisterciense de Viaceli sea conocida mayormente por sus celebraciones litúrgicas, por su hospedería monástica, por su trabajo en su propia fábrica de quesos, por su biblioteca... Estas son las consecuencias prácticas de los valores que apuntábamos antes.

Una vida laboriosa de silencio, oración y trabajo –dentro de las variedades y diferencias que existen en todos los grupos de personas- permite un equilibrio en el que se desarrolla una profunda vida de fraternidad evangélica, en la que todos los hermanos contribuyen desinteresadamente al progreso de la comunidad.

La comunidad de Viaceli ha “fundado” otras comunidades, es decir, que monjes de esta abadía montañesa han ido a otros lugares para comenzar la vida cisterciense y hacer que se desarrolle: Santa M. de Huerta (Soria), Santa M. de Sobrado (La Coruña), Sta. M. del Evangelio (República Dominicana).

Durante la contienda de la Guerra Civil casi toda la comunidad perdió la vida, diez y ocho monjes, y los que quedaron vivos fueron dispersados. Tras el año 1940 los supervivientes volvieron a la Abadía, se hicieron cargo de la parroquia de Cóbreces y otras, del Colegio Quirós, y vivió una época de reconstrucción material y progreso, hasta que en 1951 fue “consagrada” la iglesia del Monasterio. De este acontecimiento se han cumplido cincuenta años en el presente.

Hoy día la Abadía goza de una aceptable prosperidad material, quizá como nunca en el pasado, aunque los monjes sean menos y se deje sentir la carencia de nuevos monjes (o, al menos, no son tan numerosos los candidatos como hace años); pero una comunidad monástica vive siempre en espíritu de fe, y nunca se miden sus frutos por sus realizaciones o glorias pasadas, sino por la fidelidad con la que vive su ideal. Este ideal queda muy bien reflejado en las *Constituciones cistercienses*, que en uno de sus párrafos dicen así:

“El monasterio es una escuela del servicio a Dios. En ella Cristo se forma en los corazones de los hermanos mediante las celebraciones de la liturgia, el estudio, y la vida fraterna. La Palabra de Dios instruye a los monjes en la disciplina del corazón y en conocimiento interior... Buscan la bienaventuranza prometida a los pobres de espíritu en la vida sencilla y en el trabajo. Gracias a una gozosa hospitalidad comparten con los que también son peregrinos como ellos, la paz y la esperanza que Cristo brinda generosamente... El Monasterio es como un ejemplo de la Iglesia, y por eso la vida comunitaria y todas las relaciones se acomodan a la ley suprema del Evangelio... Con su vida monástica vivida con fidelidad sirven al pueblo de Dios y a todo el género humano...”

Quizá lo mejor que se pueda decir de un monasterio y lo que le sirve de justificación es “estar”, “ser” en la Iglesia y en el mundo, abierto y generoso para quienes vienen a él y para quienes pasan junto a él.

En este mundo de hoy los monjes quieren vivir en una comunidad evangélica de humanidad y perdón, de colaboración y obediencia mutua, de alegría y esperanza, seguros de que este es el mejor servicio que se puede prestar a nuestra sociedad, que se debate entre lo viejo y lo nuevo, la autosuficiencia y la necesidad, la pobreza y la riqueza, los deseos de paz y las guerras más espantosas.

El monasterio no es una isla. Muchos no saben ni conocen que es un río de gracia, que son muchas las personas que acuden a él buscando la trascendencia –no la virtud o las cualidades de los monjes-, que los monjes, eso sí, abren sus corazones y sus puertas a muchos hombres y mujeres de todo el mundo, con quienes les une la fraternidad en la humanidad y en la fe en Cristo.

Desde esta última perspectiva los monjes describen su vida, ofrecen su monasterio y desarrollan sus actividades, en la esperanza del reino de Dios que viene cada día a nosotros y que se cumple en aquellos que creen en la obra del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.